

Libro negro (Fragmento VIII)

Vicente Luis Mora es escritor y crítico literario, además de jurista y gestor cultural. Recientemente ha publicado el poemario *Tiempo (Pre-Textos, 2009)* y la novela *Alba Cromm (Seix-Barral, 2010)*. El texto que sigue a continuación es un adelanto de un libro aún en escritura. La Torre del Virrey agradece al autor el permiso para reproducirlo en estas páginas.

A sí que comencemos otra vez: sé que al lector más impaciente, el que no gusta de caminar sino de llegar, puede agotar su paciencia con tanta demora, pero antes de indignarse debería calibrar el hecho fundante de este libro. “Lo ignoro”, responderá, lo que no puede ser de otro modo, pues libro y redactor también lo ignoran: pero hasta el más caótico tratado, si es del gusto del autor, puede tener un hecho fundador eviterno, esto es: con principio pero sin final, como la Muralla China; que sea, como Minerva, nacido de la cabeza y del instante, pero destinado a permanecer en la memoria de los hombres. No, en absoluto, disculpen, discrepo y me refuto: *El libro negro* no es un laberinto, vuelvo atrás y tacho, así ennegrezco un poco, no es un laberinto, digo, aunque sea un manuscrito laberíntico y en él nos perdamos todos. Simplemente, es un libro escultórico.

Algunos ya ven aquí, prevén o presienten (o temen) mi constante y criticada búsqueda de la originalidad. “Quiere hacer ahora —dirán— el primer libro escultórico”. En el poco probable caso de que yo quisiera algo de este libro (por no querer, ni terminarlo quiero), dudo mucho que lo dijera al lector tan claramente, sin que él tenga que hacer esfuerzo alguno. No es ese mi

estilo. Me limito a explicar su hecho fundante, su principio arquitectónico, si ustedes quieren, y este se halla en íntima relación con la escultura. Reparen en lo que saben hasta el momento de este libro. Abran sus primeras páginas, busquen la cita de Flaubert, recuerden que su palabra más recurrente es “movimiento”. Observen si hemos o no avanzado algo desde que comenzamos. Y ahora, reflexionen con Paul Valéry: “Todo esto hace de la escultura un arte lleno de sorpresas. Cada instante del escultor está amenazado por infinitas posibilidades de casos posibles”. A Kafka, esas innumerables posibilidades de actuación le dejaban, a él y a sus personajes (véase *Un médico rural*), helados, estupefactos, estáticos. Yo intento combatir ahora la obra del checo desde la práctica. Ante las posibilidades infinitas, el buen escritor no ha de quedarse parado, sino moverse, decididamente. Escribir. Andar. Esculpir. Porque, como sigue diciendo Valéry en *Piezas de arte*, la escultura es el único arte que se desarrolla en movimiento —pero ya no es el único—, por cuanto el artista debe tener en cuenta todos sus posibles desarrollos en el espacio y, por ello, debe moverse alrededor de su obra, consultar el frontal y luego la parte posterior, mirarla desde arriba y desde abajo, desde los posibles ángulos de vista

de un espectador, de un crítico, de otro escultor, de una cámara que graba la obra en *travelling*, de un gigante, de un enano; tiene que verla, y eso es lo peor, desde todas *sus* propias perspectivas como artista y creador de la obra: a los demás les está permitido no mirarla en cualquier posición; solo a él le está concedido crearla de cualquier forma, elegir la extensión del espacio al que se dirige, en el que se repliega, hacia el que tiende. O, dicho de otro modo: si yo quiero asistir al desarrollo de un pequeño objeto de madera, y lo hago como Gérard Titus-Carmel con su *Ataúd Tlingit de tamaño de bolsillo* (1975), colocando un trozo de caoba y haciendo 127 dibujos del mismo, cada uno desde un punto de vista diferente, en ese caso, además de actualizar el cubismo, estoy leyendo. Pero si en vez de ejecutar esa operación opto por describirlo, mirándolo por completo y desde todas partes, de esa impresión global extraigo una ecuación estética configurada a partir de los elementos de observación, que transcribo luego extendida y alargadamente por escrito, cuidando cada palabra, incorporando metáforas e imágenes (líricas) que consigan en el posible lector la creación mental de imágenes (plásticas) que den como resultado en su interior la representación —única posible— de un objeto de madera, y lo hago de una forma inequívoca, de modo que nada más que eso pueda pensarse a partir de mi descripción inacabable, entonces estoy escribiendo. Ya no necesitamos el objeto para tener el objeto: no lo hemos representado parcialmente, facetado, como en el dibujo, no lo hemos observado laminadamente en la única perspectiva que nos permite nuestro cuerpo en el espacio: gracias a la escritura lo hemos aprehendido, lo hemos creado de nuevo por entero en la imaginación, donde lo podemos girar, tocar, penetrar, oler, saborear y romper y reconstruir el millón de veces que el tiempo y nuestra voluntad nos lo permitan. Escribiendo lo hemos hecho nuestro, y por eso se puede después, mediante la lectura, pasarlo a otro para que pueda hacerlo suyo, y de ahí a un tercero, y de ahí a decenas, centenares o miles de personas que podrán siempre hacerlo suyo, y por igual: la misma imagen, devenida universal, arquetípica. Escribiendo hemos logrado lo que solo la literatura puede: la escultura *física* en la mente.

En el poco probable caso de que yo quisiera algo de este libro (por no querer, ni terminarlo quiero), dudo mucho que lo dijera al lector tan claramente

APLICACIÓN DE M. C. ESCHER

La semiosfera lotmaniana
la gran metáfora de Vico
la concepción errática de Steiner
y del *Mono gramático* de Paz
la visión discursiva de Papini
y los versos de Góngora y de Ponge
tienen un fondo único

el mundo es un texto

el universo un libro

y Dios el escritor metaomnisciente

que esculpe cada coma y cada idea
cada silencio y el significado
signos en rotación y la escritura
irracional de todo lo que gira
palabras en tensión diseminadas
en cábalas de incierto contenido
desde el big bang del *hágase* divino
en cuánticos procesos desde lenguas
babélicas de torre en expansión
indefinidamente incomprensible

el universo un texto que nos lee

un libro en que escribimos nuestra mano

De *Nova* (Pre-Textos, Valencia, 2003)